

NO DAR PAZ FALSA*

ESCUCHA, HIJO. Estas simples palabras dan comienzo a la Regla de San Benito. El monje no tiene ni tiempo de darse vuelta que ya se siente interpelado por su Señor. Hoy como ayer, Dios se decide por el hombre: “¡Escucha, Israel! Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy. Se las repetirás a tus hijos; las atarás a tu mano como una señal, como un recordatorio ante tus ojos” (Dt 6, 4-8). La evocación de Dios es ya convocación hecha por Dios. En este hecho imprevisible que nadie puede gobernar, se invierten los papeles. El hombre ya no es solamente aquél que avanza a tientas; el que busca, es buscado.

La paz buscada

Dios, cuya vida excede la inteligencia creada, se ha puesto en marcha. Este Dios en busca del hombre, este *Quaerens Dominus* lanza un llamado: “¿Quién quiere la vida y desea días felices?” Si tú, al oírle, le respondes: “Yo”, Dios te dice: “¿Quieres tener la vida verdadera, la vida eterna? Entonces, guarda tu lengua del mal y tus labios de la falsedad; apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela” (RB, Pról., 15-17).

“Hay un deseo que cada uno formula para su amigo, un ardiente deseo: ‘¡Ojalá puedas ser mejor de lo que eres!; si queremos verte mejor, danos la dicha de verte en mejores condiciones’. Y lo que uno desea a un amigo responde muy bien al deseo de ese amigo. Recibe pues este consejo de un amigo fiel: tú quieres ser mejor, lo sé, lo sabemos todos, lo queremos todos junto contigo. Busca pues un bien mejor que tú mismo a fin de que por medio de él te hagas tú mismo mejor¹”.

Al entrar en el juego, el monje, por la guarda de su corazón, está invitado a buscar la paz, a tender hacia ella con todas sus fuerzas. Esta paz no es un bien que posea, ya que ella es comunión con el Dios vivo. Es el resultado de esta comunión. No de nosotros en nosotros, sino de él en nosotros.

Este camino es según Dios

Precedido por aquél a quien busca, el monje debe tender con todo ardor

* De *La Vie Spirituelle*, N° 659, marzo-abril, 1984.

1. S. Agustín, *PL* 36,293, N° 15.

hacia aquél que es fuente de la paz. Confiesa simplemente que su propia búsqueda la carga sobre sí totalmente aquél que viene a él. "Dios siempre llamado, Dios siempre llamando" (J. Supervielle). La Alianza, según la Biblia, realiza lo que uno necesita: toda una vida para comprender. Aquél pues que se presenta a la puerta de un monasterio será recibido por un anciano apto para ganar almas: "Velará sobre él con la máxima atención. Observará cuidadosamente si de veras busca a Dios, si pone su celo en la obra de Dios, en la obediencia y en las humillaciones. Se le advertirá acerca de todos los caminos duros y ásperos por los cuales se va a Dios" (RB 58, 6-8).

No hay búsqueda seria del Señor fuera del combate espiritual. La paz deseada no es ni un *statu quo* (destruiría el impulso interior), ni una habilidad para liberarse oportunamente del compromiso, ni un velo echado sobre la realidad. Ninguna seguridad de vida existe fuera del desposeimiento de sí. "El monje es estable si se deja desacomodar, pues Dios lo desacomoda para ponerlo en estado de conversión" (Dom Denis Huerre). Aprenderá, a través de sus propias incoherencias, a desear la salida que él mismo no se sabe dar. Pues el Espíritu vela. Transforma en lazos de unión los segmentos quebrados. "Cuando Dios quiere tener misericordia con un alma y ésta se rebela sin soportar nada sino haciendo su propia voluntad, él permite que sufra lo que no quiere a fin de que por ese medio lo busque" ².

Lejos pues de detener su marcha, el candidato a la paz avanza allí mismo donde no quisiera siquiera poner los pies. Se cuenta que un hombre, en una aldea, practicaba el ayuno con tal constancia que se le llamaba "el Ayunador" ³. Todo era parabiesnes: ¡sólo un poco de alimento al atardecer! Un día fue a buscar al abba Zenón. Después de haber orado con él, éste callándose, retomó su trabajo. No logrando hablar más, nuestro ayunador se exasperó. Lleno de disgusto, deseaba escapar. Entonces el abba dejando su trabajo, comentó que en la aldea nuestro hombre "¡se alimentaba por las orejas"! En adelante tendría que callarse y no comer sino a la hora novena a escondidas de todos. Partió nuestro ayunador, pero le costó mucho seguir lo que le había prescrito el anciano, de suerte que los aldeanos decían que estaba poseído por un demonio. Al regresar junto al abba Zenón, éste declaró: "Este camino es según Dios".

Camino y libertad

La aventura espiritual no se realiza en la cabeza sino por impulso del Espíritu. Exige discernimiento y requiere a nuestro lado la presencia de hombres y mujeres aguerridos, sin los cuales nuestro esfuerzo corre el riesgo de volverse incapaz de alcanzar la meta buscada. Así abba Besarion decía: "Cuando estás en paz sin tener que combatir, humíllate aún más, no sea que, invadido por un gozo extraño, nos glorifiquemos y seamos entregados al combate. A menudo, en efecto, Dios, a causa de

2. "Apotegmas", serie alfabética. Trad. J. - C. Guy, Bellefontaine 1966, n°7.

3. *Ibid.*, n° 8.

nuestra debilidad, no autoriza que seamos tentados por temor a que seamos vencidos"⁴.

La paz según el Espíritu tiene todo que temer de las aguas estancadas. Estas pueden engendrar la podredumbre. "abba Poemen decía de Abba Juan Colobos que él le había rogado a Dios le retirara sus pasiones y fuera libre de toda preocupación. Y fue a ver a un anciano: "Me veo en reposo, sin tener ningún combate." El anciano le dijo: "Ve, suplica a Dios tener que combatir nuevamente, con la aflicción y la humildad que tenías antes; pues es por los combates que el alma progresa". Suplicó entonces a Dios y, cuando vino el combate, ya no rogaba que le fuera retirado, sino que decía: "Señor, dame resistencia en los combates"⁵.

Pero, aceptar francamente la ley de un camino donde nadie adelanta sin riesgo, ¿no es esto tentar a Dios o por lo menos prejuzgar peligrosamente de sus fuerzas? No se trata tanto de buscar la prueba, cuanto de entrar libremente en esta prueba de sí mismo, en la que continuamos diciendo sí al Señor (cf. *Dt* 8,2). El monje, bajo la mirada de Dios (*RB* 7,13) aprende a conocer el fondo del corazón humano. "Es un bien para mí el ser humillado a fin de conocer tu voluntad" (*Sal* 118, 71). Lejos de apartarnos del Señor, la dificultad es una posibilidad de tratar a Dios como Dios. Con absoluta confianza. "En el día de la tribulación busca a Dios; no busques ninguna otra cosa a través de Dios, sino por la tribulación busca a Dios y pídele que aleje de ti la tribulación con la sola finalidad de permanecerle fiel con toda sinceridad. "En el día de mi tribulación busqué a mi Dios" (*Sal* 76, 3), no otra cosa, sino Dios"⁶.

Buscábamos la paz; ¡he aquí que ella viene a nosotros! Aquél, en quien ella habita no se enardece contra el aguijón. Con la valentía de ser, encuentra la fuerza para bendecir: ¡Bendito sea Dios! "Al partir para el exilio os dejaba esta palabra de adiós. En esta acción de gracias, la repito ahora. Las circunstancias han cambiado pero la doxología sigue siendo la misma. Exiliado, daba gracias; llamado de regreso, todavía bendigo. ¡Las estaciones son diversas, pero el invierno, como el verano, culminan en un mismo fin, que es la fertilidad de la tierra! Bendito sea Dios que permitió la tempestad, bendito sea Dios que la ha disipado y que ha devuelto la calma. Si os digo esto, es para fortaleceros en el hábito de bendecir a Dios en toda circunstancia"⁷.

¡Sorprendente libertad del espíritu! La realidad, sin dejar de ser tal, pierde su carácter de yugo frente a esta fuerza nueva. Al monje que acepta continuar, Benito le propone una liberación semejante, tanto al final del Prólogo como al final de sus instrucciones sobre la humildad y la observancia de la Cuaresma. Habla una y otra vez sobre una "dulzura de amar" (*RB*, Pról. 49), la osadía de un "amor de Dios que disipa el temor" (*RB* 7,67), el "gozo del deseo espiritual" (*RB* 49, 6). El segui-

4. *Ibid.*, nº 9.

5. *Ibid.*, nº 13.

6. S. Agustín *PL* 36,974, nº 3.

7. S. Juan Crisóstomo, París, Montfaucon, 1837, t. 3,506.

miento de Cristo en su pasión gloriosa, que gradúa el paso a paso de los diversos grados de humildad, hace irrumpir la luz pascual, pues en el corazón del discípulo encarna la palabra eficaz del Resucitado: “¡La paz sea con vosotros!”.

Unidos en una responsabilidad común

Por hermosa y sorprendente que sea la aurora pascual, ¡el creyente no conoce, lamentablemente, sino crepúsculos! En la noche se gesta el nuevo día. La paz, fruto del Espíritu (*Ga* 5, 22), nadie la posee al punto de nunca poder perderla. Ella vive de la vida que engendra. Si ese don no se ejerce, llega a desaparecer. Por eso Benito invita a los hermanos a reconciliarse cada atardecer cuando declina el día; “Hacer las paces antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia”. (*RB* 4,73).

Esta actitud fraterna o este deseo de sellar nuevamente la paz tiene existencia y consistencia en la Eucaristía. Lejos de confinar la vida a ritos o de ritualizar el gesto de una reconciliación que está por hacerse, el creyente deja que el Señor venga a él cuando, cuerpo ofrecido y sangre vertida, Jesús se entrega a nosotros para los demás. En el momento de la comunión, los hermanos se darán el beso de paz (*RB* 63, 7); es decir, accederán a la paz de Jesús; “Mi paz os dejo, mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde” (*Jn* 14,27).

La Eucaristía es la trama viviente del tejido comunitario. Al comulgar, recibimos de la persona de Jesús la capacidad para entrar en su paz, de intercambiarla unos con otros. Esta relación entre comunión y paz es esencial. Comulgar es participar en la comida hecha en común, tomar parte en la Cena. Comulgan al recibir el cuerpo de Cristo. Esta comunión implica, ciertamente, una *unión* —con la connotación afectiva de la que está cargada la palabra unión— entre los miembros de la comunidad. Será también y en primer lugar una participación efectiva entre todos de la responsabilidad —*munus*— que representa el “vivir juntos”, de la cual la Eucaristía es a la vez fuente y medio. Entonces “la paz de Dios que supera todo sentido, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (*Flp* 4,7).

Paz recibida

Lejos de tener que replegarse sobre sí misma, la comunidad monástica es apta para abrirse a las demás personas, según las mismas actitudes espirituales que hacen posible el “vivir juntos” de los monjes. No hay dos pesos, dos medidas. Quienes ponen todos los medios para “no dar una paz falsa” (*RB* 4,25), quienes se esfuerzan, día tras día, través de los múltiples avatares inherentes a toda existencia humana, para no dejar que triunfe en ellos la astucia, la venganza, tratando de “decir la verdad con el corazón y con los labios” (*RB* 4, 28), esos, pues, acogerán en el huésped que se presenta a aquél que consideran como rostro de Cristo; “Lo primero que harán es orar juntos y así darse mutuamente el abrazo de paz” (*RB* 53, 4).

La extensión de la comunión no es una disolución de la comunidad desde el momento que los principios que mantienen la comunión son los que hacen crecer la comunidad. La oración abre los ojos del alma. Hace que cada uno esté atento al problema del otro en una preocupación común por considerar juntos qué espera Dios de este encuentro. Por ello es necesario orar con quien se presenta y no solamente por el que se presenta. Tal proceso podría extrañar en la actualidad; nada impide al hermano disponerse al encuentro en la oración; nada impide tampoco al huésped, informado al respecto, penetrar gradualmente en el desarrollo de una acogida bajo la mirada de Dios. La paz intercambiada se convierte en un acto de comunión, prolongación eucarística del acto por el cual aceptamos mutuamente llevar el peso del encuentro espiritual.

En efecto, lejos de tener que charlar simplemente —¡así sea sobre Dios!— es necesario vivir juntos un camino de conversión. Esta “gracia de la palabra” (Jean Claude Guy) es un fruto del Espíritu que se puede malograr: “Ya no hay más palabra. Cuando los hermanos interrogaban a los ancianos y hacían lo que ellos les decían, Dios indicaba cómo hablar. Pero ahora, ya que preguntan sin hacer lo que oyen, Dios retiró a los ancianos la gracia de la palabra y ya no encuentran qué decir puesto que no hay más obreros”⁸.

¿Basta mencionar que una comunidad al abrirse a la comunión, lejos de disipar sus energías, extrae, en el discernimiento y por la oración, lo mejor de sí misma, es decir, da la paz que habita en sus miembros? No hace falta sino que ella sepa reconocer en el huésped que se presenta al agente mismo de la bendición de Dios (RB 61, 4).

Un monasterio no es una ciudadela, ni un santuario. Se deja sitiar y pide la oración de los otros. La paz de una Casa de Dios es frágil equilibrio. No está ahí como encerrada en una torre de marfil. Aspira a crecer cada vez más. Es por ello que todo huésped puede pedir al monasterio lo que él busca o encontrar en ese monasterio lo que él le trae: ¡la paz! “Al entrar en la casa, saludadla”. ¡Paz a esta casa! ¡Shalom! “Si esta casa es digna, llegue a ella vuestra paz; mas si no es digna, vuestra paz se vuelva a vosotros” (Mt 10, 12-13).

“Encuentra la paz en el Espíritu”

Tan a menudo los visitantes de una abadía hablan de la “paz benedictina” que vale la pena situar tal palabra en el recorrido real del monje. Es fácil apearse al ambiente, a las piedras, a los cantos olvidando lo esencial. Todo monje está dispuesto a reconocer que la paz de la cual vive es un bien que recibe. No se encuentra en la vida monástica hombres de paz, sino hombres pacificados. Estas personas podrían dar testimonio de que fueron iniciados en el camino de la paz por aquellos que la Regla llama *seniores*. No son necesariamente los de más edad; saben comunicar lo que han aprendido...

8. “Apotegmas” o.c. n° 1.

Si; existen también en la vida monástica los hombres prudentes. Difunden la paz, revelando que el camino de la salvación es accesible a todos. No tienen necesidad de multiplicar las palabras. Una palabra basta. Esta por ejemplo: "Si un hombre ha pecado y lo niega diciendo: no he pecado, no lo reprendas; de lo contrario le haces perder ánimo. Pero si tú le dices: no pierdas ánimo, hermano, pero cuídate en lo sucesivo, despiertas su alma a la penitencia"⁹.

La paz que engendran tales palabras no se viene con la paz armada, de la que tanto se habla en nuestros días. No busca una garantía más, una garantía suplementaria, aunque rechaza la violencia. Se sabe frágil, irrisoria a los ojos de muchos. No se mantiene por sí misma, pues rehúsa defenderse. Se afirma si se levantan nuevos testigos: "No os preocupéis de cómo os defenderéis o qué diréis, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir" (Lc 12, 11-12). Entonces, esos hombres y esas mujeres experimentarán en sí mismos, y harán conocer a los otros, la fuerza de una palabra evangélica y la tranquila seguridad de un Serafín de Sarov: "Encuentra la paz en el Espíritu, y millares se salvarán a tu lado".

*Traducción del francés por
Clotilde Barbé, osb – Abadía de Santa Escolástica*

M. de la CHAPELLE, osb



9. *Ibid*, nº 23.